

EL AMA DE CASA: ADMINISTRADORA DOMÉSTICA Y AGENTE CULTURAL. CIUDAD DE MÉXICO, SIGLO XVIII

Lourdes Villafuerte García
Dirección de Estudios Históricos
Instituto Nacional de Antropología e Historia

El arduo trabajo de ama de casa suele considerarse poco importante y es muy común que no se le considere un trabajo, incluso por las mujeres que lo hacen de manera cotidiana. ¿Por qué entonces ocuparse del asunto? Por una parte, para valorar el trabajo doméstico en su justa dimensión y para arrojar un haz de luz y comprender mejor las distintas facetas que cubría (y cubre) el ama de casa de ayer y de hoy.

He de decir que mi tema general de estudio son las comunidades domésticas¹ que desarrollaron su vida en la gran ciudad de México en el siglo XVIII, esta investigación la he realizado en compañía de un grupo de trabajo: el Seminario de Historia de las Comunidades Domésticas.² Mis colegas y yo desarrollamos un método de trabajo que, a grandes rasgos, consiste en examinar causas judiciales para documentar la vida cotidiana de estas comunidades; la información la recuperamos mediante una ficha diseñada para recoger la mayor cantidad posible de datos y detalles de la vida familiar. La información la procesamos en una base de datos usando el programa CDS/Micro Isis para Windows diseñada por la UNESCO.

1 Entiendo por comunidad doméstica un grupo de dos o más personas que viven bajo un mismo techo, que comparten una misma fuente de alimentos (todo aquello que se suministra a las personas para subsistir: comida, ropa, habitación y demás satisfactores) y entre los cuales hay intercambio y transmisión cultural. Nótese que pueden estar emparentados o no.

2 El Seminario está formado por Teresa Lozano Armendares y Sergio Ortega Noriega (ya fallecido) del Instituto de Investigaciones Históricas y varios jóvenes investigadores que acompañaron este trabajo en su momento: María Victoria Montoya, Diana Laura Romero y Claudia Avilés.

Para analizar el conjunto de los registros, correlacionamos seis categorías analíticas: 1) estructura de la comunidad, 2) sexo del jefe, 3) nivel socioeconómico, 4) base conyugal o no de la comunidad, 5) fuente de subsistencia y 6) homogeneidad o heterogeneidad de grupo de calidad. La correlación de estas categorías nos da como resultado los tipos de comunidades domésticas que pudimos documentar y analizar con este método.

Dos terceras partes de los casos documentados observan una composición Mononuclear sencilla o Nuclear A (65.9%) formada por progenitores, prole y parientes próximos, ya sea que esté completa o no; el 12 % tienen una estructura Mononuclear con agregados o Nuclear B; es decir, tienen las características enunciadas para la composición anterior, pero contiene personas agregadas en calidad de sirvientes, esclavos, arrimados, depositadas, empleados, etcétera; de tal manera que las comunidades de composición nuclear abarcaban el 77.9%. Las dos modalidades de composiciones polinucleares pueden estar emparentada o no emparentadas representan el 18.1%, en tanto que las comunidades atípicas y de estructura no nuclear sólo representan el 4%. Es muy evidente el peso de la composición mononuclear en la sociedad capitalina novohispana.

La labor de hacer casa

La expresión “hacer casa” se refiere a la presencia de alguien, generalmente una mujer, que administra y gobierna los asuntos domésticos de una casa. En nuestra cultura, esa función de orden y gobierno doméstico lo cumplen las esposas, o el elemento femenino de la pareja conyugal, estén casados o no; algunas veces esta labor la ejercen parientas o hijas mayores.

La tarea de ordenar la casa en la ciudad de México de la época colonial era diferente según el grupo social al que se pertenecía: las casas de los aristócratas, de los miembros de la alta burocracia, del alto clero y de los grandes comerciantes tenían muchas dependencias, lo cual nos dice mucho de las comodidades de sus habitantes: salón de estar, estrado, comedor, recámaras, pasillos, cocina, alacena y, a veces, oratorio; las dependencias de servicio podían tener cochera, establo, pajar, corral, carbonería, patio, zahuán, almacén, despacho y habitaciones para los criados.³

Todas estas dependencias requerían de ser aseadas: los salones y recámaras debían estar al punto para la estancia de los señores y para recibir visitas. El trabajo de la cocina era muy arduo, pues había que preparar múltiples comidas durante el día (chocolate de

3 Pilar Gonzalbo Aizpuru (2001): “Familias y viviendas en la capital del virreinato” y Guadalupe de la Torre V., *et al* (2001): “La vivienda en una zona al suroeste de la Plaza Mayor de la ciudad de México (1753-1811)” en Rosalva Loreto López (coordinadora) (2001): *Casas, viviendas y hogares en la historia de México*. México, El Colegio de México. P. 75-108 y 109-146 respectivamente.

la mañana, almuerzo, comida, chocolate de media tarde, merienda y cena),⁴ para lo cual era necesario prevenir la compra de carbón para prender el fuego, era necesario moler maíz para preparar tortillas, atole y otros alimentos, lo cual requería de cocer el nixtamal, molerlo y, en el caso de las tortillas, tortear cada pieza. El chocolate, la bebida energética por excelencia, requería también de mucho trabajo, pues llevaba varios ingredientes (cacao, azúcar, axiote, etcétera) que debían ser preparados y molidos, para lo cual se necesitaba gran habilidad para el uso de instrumentos como el metate.⁵ Para las comidas fuertes había que cocer la carne de puerco, pollo o pavo; lo cual requería comprar el ave viva –o cogerla del corral- matarla, desangrarla, desplumarla, destazarla, cocerla y guisarla, lo cual implicaba preparar una salsa, la más complicada de ellas era el mole.⁶

El mantenimiento de los pisos de madera, los marcos de las ventanas y los muebles requería del trabajo de lijado y barnizado; también era necesario lavar los vidrios, espejos y cristalería, tarea que requería de mucho cuidado; pulir periódicamente los objetos de plata, tales como cuchillería, marcos de cuadros religiosos y retratos, así como sope- ras, charolas y centros de mesa.

El cuidado de la ropa era un capítulo aparte, pues era necesario acarrear agua, remo- jar, asolear, lavar, secar y planchar. En las grandes casas se tenía personal de planta para este trabajo. También había que cuidar que la ropa luciera bien por lo que la reparación y, a veces, la confección tanto de ropa de vestir, como de ropa de cama y mantelería se hacía en casa por una persona especializada.

Para atender estas necesidades se requería de un gran número de sirvientes, los cua- les podían ser esclavos o libres: cocinera/o, doncellas, criadas, lacayos, cocheros, pajes, mozos, lavandera/planchadora. El servicio personal de la familia requería de costurera, peinador/a, barbero. Los niños de las familias pudientes requerían de chichihuas (no- drizas), niñeras y ayas. Todo esto sin detenernos en la lucha cotidiana con el polvo. Aun cuando se disponga de todo este personal, nada funciona adecuadamente sin la vigilan- cia de un personaje imprescindible: la señora de la casa.⁷

4 Flora Salazar Ledesma (1987): *Los sirvientes domésticos y sus amos en la ciudad de México, siglo XIX*. Tesis de licenciatura, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia. P. 25-26.

5 “Plancha de piedra en la que se muelen granos como los de maíz o cacao; es rectangular y pulida; se sos- tiene sobre tres pequeñas patas y forma un plano inclinado hacia adelante, ligeramente curvo y levantado en su extremo más bajo. El molido de los granos se hace con un cilindro (*mano del metate*) también de piedra.” (2005): *Diccionario del español usual en México*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. 944 p.

6 El mole es una salsa elaborada con una variedad de ingredientes salados, dulces y picantes, el cual tie- ne muchas variantes en la cocina mexicana. Véase el cuadro de tipos de moles publicados en Carlos Montemayor (Coord.) (2007): *Diccionario del náhuatl en el español de México*. México, Gobierno del Distrito Federal, Universidad Nacional Autónoma de México. 444 p.

7 *Ibid*, p. 30. Véase también Carmen Sarasúa (1994): *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Madrid, Siglo XXI de España Editores. 288 p. ilustr.,

En las casas más modestas se tenía menos espacio y los quehaceres de la casa eran menores. Las familias de los grupos medios, tales como artesanos, comerciantes modestos, cultivadores de profesiones liberales y burócratas de cierta posición y clérigos de rango medio vivían generalmente en viviendas principales o altas, las cuales contaban con un salón, una cocina, una o varias recámaras, algún pasillo y antecámara.

Las personas de ingreso medio de la ciudad solía tener uno o dos sirvientes que se ocupaban de todo el trabajo de la casa. El preparado de la comida requería del mismo trabajo que describimos en las grandes casas, con la diferencia de que no se acostumbraba dar grandes banquetes, ni el recibo de visitas era cotidiano. El mantenimiento de la casa se hacía algunas veces al año con ayuda de algunos sirvientes. El cuidado de la ropa se hacía en casa, a veces con ayuda proporcionada por lavanderas y costureras contratadas a destajo o por horas. Asimismo, el cuidado y crianza de los niños lo realizaban las mujeres de la casa. Todo esto funcionaba bien cuando el ama de casa estaba atenta. En el caso de muchos artesanos y comerciantes, la mujer, además de esposa y madre, trabajaba también en el taller o tienda de la familia.⁸

Las personas más pobres vivían en cuartos de vecindad o en accesorias -de entre 25 y 30 metros cuadrados-,⁹ donde los quehaceres de la casa se reducían drásticamente, pero a cambio era menester administrar el poco dinero que entraba a la casa, economizar en las compras y hacer rendir los alimentos lo más posible; el personaje que llevaba la carga de este difícil trabajo era el ama de casa.

Hoy día, la tecnología para la conservación de alimentos forma parte de ciertas carreras universitarias; antaño, las ama de casa se las arreglaban para conservar los alimentos el mayor tiempo posible y aprovechar mejor los recursos, para lo cual se elaboraban purés, frituras, mermeladas o cristalización de frutas, conservas como la salmuera y el escabeche; se hacían embutidos como la longaniza, el chorizo y la moronga (llamada también rellena o morcilla); la carne se conservaba con el salado, como la cecina o la trituration, como la machaca. Los chiles,¹⁰ tan necesarios para la cocina novohispana te-

cuads., gráfs. (Historia). Para los sirvientes domésticos con estatuto de esclavitud véase María Elisa Velázquez Gutiérrez (2006): *Mujeres de origen africano en la capital novohispana, siglos XVII y XVIII*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género. 592 p., ilus.

8 González Angulo, Jorge y Roberto Sandoval Zarauz (1980): "Los trabajadores industriales de Nueva España, 1750-1810" en Florescano, Enrique, *et al*, *La clase obrera en la historia de México. De la Colonia al Imperio*. México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, Siglo XXI. 352 p., cuads. P. 173-238.

9 Cálculo propio realizado con base en la visita personal a las accesorias que todavía están en uso en el edificio del Colegio de las Vizcaínas situado en el Centro Histórico de la ciudad de México en la calle de Vizcaínas en su lado norte, la Plaza de las Vizcaínas por el lado sur, la calle de Aldaco por el lado oriente y la calle de San Ignacio por el lado poniente.

10 Chile. 1. Planta herbácea o arbustiva de la familia de las Solanáceas [*Capsicum anuum* y *C. frutescens*]. Los

nían múltiples preparaciones para su conservación tales como el secado y el preparado en escabeche. Todos estos procedimientos eran elaborados o su preparación era vigilada por el ama de casa. Asimismo, era ella quien fijaba las horas de comida y lo que se comía.

Parte del trabajo de ama de casa consistía en tomar decisiones acerca de diversas situaciones: en las compras, la señora debía observar la calidad de los alimentos y su precio, también tenía que desplegar su habilidad para negociar el precio de los insumos (regatear era todo un arte) y conseguir crédito en caso de necesidad (pedir fiado).

En caso de tener sirvientes, el ama de casa debía administrar personal, lo cual implicaba fijar (o negociar) salarios y tareas, ya sea por sí misma o por medio de un ama de llaves o mayordomo. En fin, la señora de la casa era la responsable de organizar el tiempo y el trabajo doméstico para que la casa funcionara.

Las amas de casa tenían importantes tareas educativas, las cuales implicaban la instrucción y el cuidado de la moral de “los de su casa”, tales como vigilar su comportamiento, cuidar que sus hijos, sirvientes y esclavos no tuvieran “malas compañías”, que frecuentaran los sacramentos y participar o presidir ciertas costumbres devocionales como el rezo del rosario, lo cual incluía al marido, además de los demás miembros de la comunidad doméstica. Las amas de casa, mujeres que eran madres o realizaban el trabajo de madres sustitutas eran, y son, quienes transmitían los valores culturales y las normas de convivencia social que el niño necesitará el resto de su vida. En muchas ocasiones los niños aprendían las primeras letras enseñados por sus madres, aunque hay que decir que debido al analfabetismo de muchas mujeres, esta tarea la realizaba el padre.

Tradicionalmente, la enseñanza de los valores religiosos ha tenido un lugar especial, pues la principal vía de enseñanza de la religión católica no era, ni es, la labor de la Iglesia, sino de las madres; son ellas quienes cuentan a los niños la vida y muerte de Jesús, las vidas de los santos de su devoción y los principales pasajes de la historia sagrada como la Creación, el Diluvio y diversos pasajes de la vida de Jesucristo, como su Nacimiento y su Pasión; es la labor de las mujeres la que junto con las oraciones y los pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento la que logra infundir ese conocimiento y sus valores. Es decir, la madre de familia y ama de casa es un poderoso agente cultural. En fin, la labor de esposa, madre y ama de casa es muy compleja e importante, y la paradoja es que parece ser invisible e improductiva. Es necesario darle la importancia que merece.

frutos, caracterizados por su sabor picante, son un condimento esencial de la gastronomía mexicana. Son muy numerosas las variantes de esta planta. Fuera de México es usual llamarle *ají*, que es voz arahuaco caribe. Véase cuadro de chiles. Montemayor, Carlos (Coord.), *Diccionario del náhuatl en el español de México*. México, Gobierno del Distrito Federal, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007. 444 p.

El cónyuge ausente

Las comunidades domésticas nucleares podían estar incompletas; en efecto, había parejas sin hijos, hermanos sin padres, etcétera. La modalidad que me interesa resaltar en esta ocasión es la de las comunidades domésticas donde uno de los cónyuges estaba ausente.

Tenemos registradas en la base de datos COMDOM 403 comunidades domésticas de composición mononuclear sencilla (progenitores, prole y parientes próximos completa o no), de las cuales 52 (12.9%) observan la ausencia de uno de los cónyuge. ¿Quién era el ausente? Generalmente, era el hombre, y las razones más frecuentes de su ausencia eran porque murieron dejando viudas a sus mujeres, o por estar en la cárcel. Otras razones que aducían eran porque la pareja abandonó a la comunidad doméstica, porque estaba de viaje, porque estaba enfermo en un hospital o porque, al tratar de sobrevivir, el hombre tenía la necesidad de ausentarse para buscar trabajo en otro lugar.

Hallarse en la circunstancia de que el hombre se ausentase, podía causar un serio estrago a las mujeres y a los hijos, pues podían caer en la miseria rápidamente, al no tener quién los mantuviera. Vemos en muchas comunidades una gran fragilidad, y la falta del elemento proveedor puede hacer colapsar a la familia; aunque muchas mujeres sobrevivían solas, las que de pronto se veían en esta situación, buscaban el apoyo de sus familias o eran orilladas a agregarse a otra comunidad en calidad de arrimadas; o bien a la mendicidad, o a desarrollar actividades precarias, entre ellas la prostitución.

Entre las comunidades que estamos tratando sólo encontramos nueve casos (2.2%) en los que el cónyuge ausente era la mujer; las únicas tres razones que había fueron: la muerte de la cónyuge, dejando a su pareja en estado de viudez, el abandono del marido por parte de su pareja y el depósito de la esposa por haber cometido una falta o por sospecha.

Para ilustrar los estragos que puede haber por la ausencia femenina, podemos tomar el caso del abogado José González Retana, español, quien estuvo casado con doña María Ignacia Calderón Altamirano.¹¹ La esposa murió en 1796 dejándole tres hijas y sus cuatro hermanas menores. Las siete niñas quedaron al cuidado de doña María Clara Calderón Altamirano, la mayor de las hermanas de la difunta. El abogado dijo mantener a 14 personas, sin que sepamos quiénes son los otros siete. Para noviembre de 1801, González Retana decidió casarse en segundas nupcias con su cuñada, quien ya ejercía el papel de ama de casa y madre sustituta. Como la pareja estaba emparentada por ser cuñados y caer en el impedimento de parentesco por afinidad, fue necesario pedir dispensa al arzobispo de México.

En el camino de conseguir la dispensa, el abogado y su novia entran en un calvario,

11 AGNM, *Bienes Nacionales*, vol. 406, exp. 54.

pues la solicitaron en cuatro ocasiones, en todas las cuales se les negó, al acudir a la más alta instancia en Roma parece solucionarse el asunto pues se les concede la dispensa, pero se les requiere el pago de 300 pesos, supongo que para los gastos, con tan mala suerte que el abogado no disponía de ellos y la dispensa se perdió. Por fin, en diciembre de 1810 se les concede la dispensa.

Podemos ver en este caso indicios de una solución pragmática, ciertamente que no estaba desprovista de afecto, pues González Retana manifiesta sentir una gran ternura por sus cuñadas y un profundo agradecimiento hacia María Clara; asimismo, el novio dice que sus hijas están acostumbradas a su tía. Al parecer, las autoridades del Provisorato encontraron difícil de creer la afirmación de los novios de que no habían tenido “coito ilícito”, pero dado que Roma ya había concedido la dispensa en una ocasión, el Provisor se allanó a concederla para evitar un mal mayor.

Con este caso podemos asomarnos a la importancia que el elemento femenino tenía en la comunidad doméstica, pues era muy difícil para un hombre atender su trabajo y su casa por sí solo, por lo que la ausencia de la mujer-ama de casa podía tener un efecto aniquilador al hacer prácticamente inviable a la familia.

Si observamos quién mantiene a la comunidad veremos que las mujeres tienen una participación muy importante: de las 403 comunidades domésticas mononucleares sencillas, 238 (59%) las sostiene sólo el cónyuge masculino; ¿qué pasa con el 41% restante? 31 de ellas (7.6%) las mantiene sólo la mujer; en 39 casos (9.6%) ambos miembros de la pareja proveían la casa, otros nueve casos (2.2%) indican que participaba la pareja junto con otros miembros de la familia y en otras 12 ocasiones quienes mantenían a la comunidad doméstica eran la mujer y otros miembros, sin la participación del cónyuge masculino. De tal manera que en 91 comunidades domésticas del tipo señalado (22.5%) las mujeres proporcionan el producto de su trabajo para proveerlas; o dicho de otro modo, los hombres, a pesar de sus esfuerzos por mantener su casa, necesitaban la participación activa de otras personas, donde la cónyuge- ama de casa se revela como muy importante.

Hace mucho tiempo que las investigaciones históricas han acabado con el mito de que las mujeres sólo eran amas de casa o monjas, pues bien sabemos que trabajaban; las mujeres pobres se empleaban como sirvientas, lavanderas, molenderas, artesanas y en el pequeño comercio; en otras ocasiones las mujeres compartían con su pareja el negocio familiar, una vinatería o pulquería, una sastrería, una botica, unos baños, o bien, un trabajo artesanal que se hacía en casa; en algunas ocasiones toda la comunidad participaba en un negocio familiar de tanto prestigio como una lutería.¹²

12 Se trata de la familia Pompa, padres e hijos, quienes poseían una lutería (o luthería) en la calle de Santa Clara (hoy Tacuba), donde fabricaban instrumentos musicales de cuerda. AGNM, *Criminal*, vol. 447, exp. 6, f. 120-148.

Importancia económica y cultural del trabajo doméstico

Es necesario destacar la contribución económica que significa el trabajo doméstico desempeñado por las mujeres, pues sin él, era casi imposible la sobrevivencia de la comunidad doméstica y el desarrollo de la comunidad social, pues ¿quién prepararía el nixtamal y haría las tortillas para que la comunidad más pobre pudiera siquiera comer un taco? ¿cómo podría un artesano desempeñar su trabajo sin que su mujer le preparara los frijoles y el guiso de carne de cerdo? ¿cómo podría el rico comerciante ocuparse de sus negocios sin que su esposa ordenara a la cocinera que tuviera listo el chocolate del señor? Sin contar con que las mujeres mostraban una gran habilidad para hacer economías, conservar los alimentos, además de ese oscuro trabajo que las mujeres sencillamente no mencionan, quizá porque no lo consideran como tal, como tener un pequeño puesto de comida o realizar artesanías que le permitieran un corto ingreso.

Todas estas labores de gobierno, administración y educación pueden verse como el “simple” trabajo del ama de casa, pero la mujer era el factor primordial del orden doméstico, de la reproducción biológica, y como agente cultural era todavía más importante, pues era ella, en su papel de madre –biológica o no- quien realizaba la socialización de los niños, era quien introducía en los infantes los valores sociales y culturales que los integraban a la sociedad. Por otra parte, el trabajo realizado por las mujeres en el ámbito doméstico era y es un factor económico importante, pues la administración del gasto doméstico y el valor real del bienestar proporcionado a los miembros de la familia influye en la productividad de éstos.

Para imaginar el valor del trabajo doméstico que realizaban las amas de casa sólo hay que pensar en que si hubiera que pagar por los trabajos que las mujeres hacían, habría que contratar a un ama de llaves o un mayordomo que hiciera la administración doméstica, tanto de personal como de insumos; contratar personal que se ocupara de la limpieza cotidiana y del mantenimiento; así como contratar ayos y profesores que educaran a los niños, lo cual incluía, buenas maneras, doctrina cristiana, primeras letras; a veces música y ciertas manualidades, sin olvidar que entre los saberes de las amas de casa estaba la medicina tradicional. Por desgracia, no hay manera, hasta el momento, de calcular el costo de tales contrataciones, pero la cantidad y variedad del trabajo que realizaba –y realiza- el ama de casa nos da una idea del valor real de este trabajo.

Lo paradójico de la importancia de las mujeres-amas de casa en la comunidad doméstica radica en que sólo se le percibe cuando no está. Al faltar la mujer, el hombre padre de familia de la época colonial estaba imposibilitado para sustituir él mismo a la madre ausente, pues solamente la tarea de alimentar a los miembros de la comunidad representaban un trabajo enorme: hacer la compra en el mercado, prender el fuego (lo cual implicaba tener carbón o leña) cocinar los alimentos, que incluye cocer, tostar, freír moler, especial mención merece el preparado de las tortillas; saber usar instrumentos de cocina, tales como el metate y el molcajete, lo cual requiere de mucha habilidad, servir,

asear los trastos y el espacio utilizado. El tiempo que se requería para realizar este trabajo impediría a un hombre como el señor González Retana cumplir con su trabajo.

El problema se podía subsanar, y solía hacerse, con la introducción de una mujer que hiciera ese trabajo; muchas ocasiones era la madre del viudo o abandonado, las hermanas, las cuñadas o las hijas mayores quienes hacían el trabajo de ama de casa y madre sustituta; si bien estas mujeres realizaban la visible labor de “hacer casa”, queda arrinconada la importante labor de agente cultural y educadora. Esta falta de aprecio no queda sólo en el ámbito de la vida cotidiana de la época colonial y de ahora, sino también en el de la historiografía mexicana.

Este trabajo pretende hacer un llamado de atención para el estudio de esa invisible, pero importante labor que siempre han hecho las mujeres como esposas, madres y amas de casa, así como educadoras, lo cual nos permitirá valorar el trabajo doméstico con mayor conocimiento y darle su justo valor.